

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.
Número suelto, una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. La amistad.—II. La ciencia nueva de Vico.—III. Importancia de la higiene.—IV. Rimas.—V. Ecos del corazón.—VI. Los niños huérfanos.—VII. El gallo.—VIII. Ante la tumba de D. Adalardo López de Ayala.—IX. A Santo Tomás de Aquino.—X. Una Concepción de Murillo.—XI. Cantares.—XII. Los bailes de máscaras de niños.—XIII. A la música.—XIV. La virgen del Unterwald.—XV. El arte del cromó.—XVI. Teatros.—XVII. Bibliografía.—XVIII. Crónica.—XIX. Soluciones.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal

MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipa.
Anuncios y esquelas de defunción de niños á precios convencionales.

LA AMISTAD

La vida es un misterio.

La razón del hombre es corta, encerrada por un decreto providencial en los estrechos límites de su inteligencia.

Si quiere extender su vista al horizonte que le circunda, solo encuentra problemas, caos, oscuridad.

Por mejor decir: halla luz, claridad, tanta, que le deslumbra; tan intensa, que le ciega.

Esos rayos diáfanos ó brillantes nacen de un foco divino: el amor.

Amor, misterio... tal vez la misma esencia de Dios, acaso la fórmula de todo lo que existe.

El amor de un padre gozoso y de una madre tierna y solícita, es la primer gradación de la vida.

El cariño nacido de la identidad de afectos, de caracteres y de aspiraciones, la sostiene después.

La amistad es la conformidad de lo divino y de lo humano, de la benevolencia y de la caridad.

Excepto la sabiduría, nada mejor ha dado la divinidad á los mortales.

Así lo dijo el gran tribuno de Roma: Cicerón.

Ese sentimiento es el único que puede crear naciones y darles sosten constante.

Quitad la amistad en un pueblo, y habreis convertido en letra muerta sus instituciones y sus leyes, su política y su historia.

Nada hay como ella, tan conforme á la naturaleza, tan apto y útil á la propia conveniencia.

Es una ley á la que todos estamos tan sujetos, como á las demás que constituyen el Código de la Creación.

El *misántropo*, el hombre que tiene horror al género humano, es un mito, no existe, no puede existir.

Es tal la condición del ser racional, que, mal que le pese, busca siempre á su semejante, aún en los momentos en que parece que más se aparta de él.

Ved al que se esconde en solitaria mansión y odia á la humanidad; ese no siente la amistad, al parecer; no comprende, ni aún remotamente, el amor.

Observad si alguien le habla, expresando ideas iguales á las suyas.

Ya está establecida la comunicación. En habiendo paridad de opiniones, habrá unidad de afectos, tendencias equivalentes, y en último término, la amistad.

Es inútil sustraerse á ella.

Todo lo invade.

Pero del mismo modo que del desequilibrio de las fuerzas vitales procede la enfermedad, la antítesis de la salud, de la discordancia de sentimientos no puede nacer más que una amistad ficticia, errónea.

TOMO III

Por eso es preciso tener un tacto especial para elegir al amigo.

Buscad siempre la virtud, y habreis dado el paso más certero para la sólida amistad.

Porque en la virtud se halla la fuente de todas las afecciones del alma.

Y habiendo afección tan íntima, la amistad no puede ser más segura ni desinteresada.

Los filósofos pitagóricos Damon y Pythias se amaban con tan tierno cariño, que ni un solo momento hubiesen dudado en dar su vida el uno por el otro.

Dionisio, el tirano de Sicilia, condenó á muerte al primero, por ser enemigo de su dinastía.

Damon, al ver llegado su último instante, rogó al monarca le permitiese ausentarse por tres días, bajo palabra de honor, para ir á su casa á ultimar los asuntos de familia.

Negándose Dionisio, Pythias, el amigo entrañable del reo, pidió á aquel que le dejase partir, quedándose él entretanto en rehenes, para ser decapitado si no volviese Damon.

A esto consintió el tirano.

Pasó un día y otro.

Pythias no vacilaba en morir por salvar la vida de su hermano del corazón.

Es más: en lo íntimo de su conciencia suplicaba á los dioses que no volviese su amigo, para dar su vida por él.

Pero Damon amaba sabremanera á Pythias, y tampoco consentía su generoso sacrificio.

Al finalizar el tercer día, compareció ante el tirano para que se ejecutase la sentencia.

Pythias no quería dejarle morir.

Dionisio presencié una escena de lucha, porque cada uno pretendía sucumbir por el otro.

Admirado de aquel rasgo tan inmenso de nobleza de alma, perdonó á Damon y le suplicó, como también á su amigo, que desde allí en adelante quería él entrar á formar parte de aquella amistad fraternal.

Y así fué.

Desde aquel momento, ni una nube vino á empañar el sol de la amistad, que perpétuamente unió á aquellos tres grandes hombres.

El asesino de César, Bruto, salió huyendo de Roma después de su crimen, y fué á refugiarse á Módena.

La caballería de Marco Antonio le perseguía muy de cerca.

Próximo á ser alcanzado, abandonó de noche su campamento y fué á refugiarse en una cueva.

Un rudo soldado, Servio Terencio, se fingió Bruto, y esperó en la tienda de este recibir la muerte de manos de sus perseguidores.

Cuando éstos penetraron, en lugar de degollarlo en el acto, le condujeron á presencia del general.

Este le conoció y le perdonó la vida por su

heróico comportamiento, lleno de admiración.

Y Bruto logró salvarse.

El motivo que indujo á Terencio á exponer su vida por éste, no fué otro que la amistad más sincera.

Y ejemplos como estos nos presenta á miles la historia.

Un buen amigo vale infinitamente más que la piedra más preciosa.

Es un don del Cielo, de esos que este reserva á sus predestinados.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

LA CIENCIA NUEVA DE VICO

I

A un cierto maestro vi
En cierto pueblo, explicar
A varios niños, á mí,
Y al sacristán del lugar.

Y recuerdo, aunque era un chico,
Que comenzó de esta suerte:
«Ved; ciencia nueva de Vico:
Nacimiento, vida y muerte.

«Círculo de toda historia,
Renacer tras de acabar:
Fábula, entusiasmo, gloria,
La muerte y vuelta á empezar.

«Así, ya unida, ya rota,
Sigue esta rueda fatal,
Sin que se turbe una nota
Del concierto universal.

«Allá el Egipto entreveo;
Vida, gloria, senectud,
Reyes—Pastores—Proteo,
Cambises; la esclavitud.

«¡Cielo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atención!
Los Argos—Esparta—Atenas.
Filipo; la humillación.

«Mudando nombres y nombres,
En rápido movimiento,
Rodando van pueblos y hombres,
Cual hojas que arrastra el viento.

«¡Fenicia! Ved á Sidon,
La Reina antigua del mar.
Cartago—Pigmaleón,
Nabuco, y vuelta á empezar.

«Dioses—Héroes—Invenções.
Así abyectas ó gloriosas,
Van, como veis, las naciones,
Los hombres, pueblos y cosas.

«¡Roma! Tras su edad divina,
Por César llega á Tiberio.
Numa—Caton—Mesalina,
Reyes—República—Imperio.

«Pasan así en rauda giro,
Y en perpétua evolución,
Alejandro, como Ciro,
Como César, Napoleon.»

II

Y al ver que de nuevo empieza
Su incesante torbellino,
Poniéndonos la cabeza
Cual la rueda de un molino,
«Ó vuestro Vico es un tonto,
Ó yo no sé que pensar,
Dijo al maestro de pronto,
El sacristán del lugar.

»No es gran mérito el zurcir
La historia de esa manera;
Nacer, crecer y morir;
Eso lo sabe cualquiera.

»Pese á vuestros pareceres,
¿No valdria mucho más
Decir á todo: *Polvo eres,*
Y en polvo te volverás?»

Mira el maestro al que crée
Llegar de Vico á la altura,
Como quien dice: («este lee
Los libros santos del cura.»)

Y en su silencioso afán,
Que esto imagina se infiere:
(«Dice bien el sacristán,
Todo lo que nace, muere.»)

Y murmuró: («De manera
Que mi ciencia está demás,
Si un libro santo cualquiera
Enseña esto y mucho más.»)

Y al fin, «¡Niños!», prorumpió,
«Después de círculos tantos,
Podreis saber más que yo,
Leyendo los libros santos.

»Pues hoy por ellos me explico
Cómo puede ser que sea
Mucho más sábio que Vico,
El sacristán de una aldea.»

RAMON DE CAMPOAMOR

IMPORTANCE DE L'IGIÈNE

AUX JEUNES ET GENTILS LECTEURS

DE

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS

Madrid le 1.^{er} Mars 1880.

Bon jour, mes jeunes lecteurs; voilà longtemps que je n'ai eu le plaisir d'avoir un entretien avec vous: comment cela peut-il se faire? est ce que nous ne sommes plus aussi bons amis qu'auparavant? est ce que nous sommes devenus plus paresseux?

Oh! mon Dieu non; notre amitié est absolument la même; notre activité ne se dément pas si facilement. — «Quelle est donc la cause de votre silence?» me demanderez vous; je vous l'expliquerai en peu de mots; d'abord, je me suis vu obligé de faire une excursion en France et en Suisse, pendant le mois de Décembre dernier; précisément dans les moments mêmes où une épaisse couche de neige couvrait presque toute la surface de l'Europe, comme la fine poudre de sucre blanc couvre parfois la surface entière des gâteaux que papa, maman, ou la bonne achètent, pour régaler les enfants qui sont bien sages: puis à mon retour, les occupations ont été si nombreuses pour moi, quelles m'ont empêché de reprendre mes causeries; et enfin, disons-le sans embages; je craignais de me rendre un peu ennuyeux en fatiguant votre attention, et celle de vos bons parents; mais voilà que notre excellent Directeur monsieur Novi, a rappelé à mon souvenir qu'un trop long silence refroidit l'amitié, et dans la crainte de me brouiller avec vous, mes bons amis, je m'em-

presse de m'en rapprocher, vous présentant mes excuses pour mon retard qui ne sera qu'accidentel, si vous vous montrez aussi bienveillants pour moi que par le passé.

Et de quoi nous occuperons-nous? d'une question très importante pour tous; nous parlerons un peu sur l'utilité de l'igiène; et qu'en dirons nous? Eh bien: je me permettrai de vous répéter ce que j'ai entendu dire à des personnes très éclairées, ou ce que je me souviendrai d'avoir lu dans les meilleurs ouvrages.

Qu'est ce que la santé? nous pourrions presque affirmer que c'est le bonheur; sans la santé, point de jouissance possible; point de paisible repos: sans la santé, point de bien-être; à quoi nous sert d'avoir des parents, des amis, de la fortune, de la liberté même; si nous n'avons pas la santé qui nous permette de goûter la moindre de ces douceurs; si nous sommes privés de la sante, qui est le plus précieux des trésors!

La Divine Providence nous a donné un corps si admirablement organisé, que la santé en est une condition naturelle et indispensable; la plupart de notre malaise et de nos maladies, provient le plus souvent de notre indolence pour soigner nos corps, et de notre insouciance pendant que nous ne souffrons pas; et cependant, nous reconnaissons tous que la santé, est un don inappréciable.

L'igiène, c'est la science de conserver la santé; que sommes nous? corps et esprit; nous avons une double nature; nature corporelle, et nature spirituelle; et nous n'ignorons pas, que notre état moral, dépend en grande partie de notre état phisique; si l'état de notre santé est mauvais, nous sommes silencieux, tristes, et même quelquefois maussades envers les personnes qui nous entourent; si notre santé est dérangée, non seulement nous perdons la gaieté; mais ce qui est plus à déplorer encore; c'est que souvent, le sentiment de la charité, fait place à l'indifférence pour les maux du prochain.

La Providence, nous a donné les moyens de conserver la santé; si nous ne les connaissons pas, il nous faut les apprendre, et ne pas les reléguer à l'oubli.

Si nous sommes privés d'air et d'exercice; si nous ne nous habituons pas à être actifs, propres, et ordonnés; si nous ne nous nourrissons que de friandises, sans nous accoutumer à tout aimer, notre constitution deviendra très délicate; notre estomac sera délabré; nous trainerons une chetive existence: en un mot, nous perdrons la santé; en la perdant, nous perdrons aussi l'envie d'étudier, l'envie de nous instruire, le désir d'être utiles à la société, d'être utiles à la famille. Que deviendrons nous? des êtres in-

utiles; et si notre faute est connue, des êtres méprisés.

La plupart des maladies, sont causées par notre intempérance: l'excès des amusements; du travail; de l'étude; le manque d'air pur; le manque d'un exercice réglé; le manque de propreté; l'usage répété de friandises ou d'aliments impurs; l'insuffisance de vêtements dans certaines saisons; la compression du corset dans les jeunes filles; le passage subit d'une température chaude, à une température froide; l'immersion d'un corps suant, dans de l'eau fraîche.

Ce que je viens d'énumérer, sont autant de causes qui peuvent détruire les plus fortes santés, et que par conséquent il nous faut éviter.

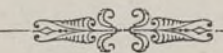
N'oubliez pas mes chers lecteurs, que la généralité des maladies, ne sont que la conséquence de la violation des lois naturelles; si le genre humain les observait de génération en génération, il y aurait certainement moins de ces maux terribles qui nous affligent et abrègent notre existence, et de certaines maladies qui font de la vie de certaines personnes un tourment perpétuel.

N'est ce pas mes amis, que lorsque nous sommes bienveillants envers notre entourage; gais, aimables, doux, complaisants et charitables, nous goûtons d'un vrai bonheur? que notre esprit est tranquille et satisfait?

Eh bien; donc, si vous reconnaissez que mon raisonnement est juste; que mes conseils sont sages et affectueux; que je vous parle en véritable ami, n'oubliez jamais, de bien observer les règles d'igiène, que vos professeurs vous traceront ainsi que vos parents; et comme je ferai de même, nous nous porterons tous bien, nous serons joyeux, et nous pourrions pendant longtemps avoir des petits entretiens, qui à coup sûr seront profitables à tous.

Adieu, mes petits amis; présentez mes humbles respects à vos chers parents, et rappelez vous que je serai toujours votre tendre et dévoué.

HENRI BÉNAVANT



RIMAS

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD

I

Mirádlá: ni una sultana,
Que goza de mil favores,
Sin rival;
Va tan soberbia y afana,
Como la bella Rojana
Con su chal,
Testigo de sus amores.

—
Erguida, como la palma
Que el céfiro balancea
Con encanto,
Lleva grabada en su alma

La ilusion, que el tiempo calma
Con espanto,
De que ni es pobre ni fea.

Y es á sus ojos tan pura
Y para el mundo tan bella
Y agraciada,
Que en la tierra no hay criatura,
Ni en los cielos hermosura
Sublimada
Que se compare con ella.

Y con desden soberano,
Que causa grima profunda
Por lo necio,
Lanza con orgullo insano
El anatema inhumano
Del desprecio,
Sobre la virtud fecunda.

II

De hinojos ante el altar
De una Virgen de Murillo
Primorosa,
Que convida á meditar,
Suele una jóven orar
Silenciosa,
De la luna al dulce brillo.

De la adulacion impía,
Respiró el mortal veneno
Con ardor;
De noche apuró y de día
El néctar de la ambrosia
Del amor,
Que hasta que mata no hastía.

Es Rojana la altanera,
Que de la suerte inconstante
Regalada,
Fué bella como palmera,
Rica, cual nave ligera,
Que cargada
De oro, cruza el fiero Atlante.

Llevóse la desventura
Honor, riqueza, beldad
Y el amor....
Y hoy clama con amargura,
Cuando las heces apura
Del dolor:
¡Contra soberbia, humildad!

ANDRÉS CASADO

D. Ubaldo Bordanova, niño de trece años, hijo del conocido escritor del mismo apellido, nos ha remitido el siguiente sentido artículo, que publicamos con el mayor gusto, para que sirva de ejemplo y estímulo á cuantos como él se encuentran cultivando la inteligencia. Y accedemos con tanto mayor placer á los deseos del jóven escritor, cuanto que nos constan los adelantos que en la pintura y en la música lleva hechos, segun tienen lugar de admirar en Soria los inteligentes.

Felicitemos cordialmente al novel artista, recomendándole que lejos de engreirse con los aplausos, se recoja en sí mismo y estudie con mayor ahínco para desterrar resabios que pudieran más tarde ocasionarle censuras.

Hé aquí ahora el artículo:

ECOS DEL CORAZON

UN RECUERDO Á MI MADRE

Era el mes de Julio de 1879.
El ambiente abrasador que se sentía en el centro de la poblacion era insufrible.
Salí al campo con intencion de dar un paseo y me

dirigí, instintivamente, hácia el cementerio donde yacía mi madre.

Llegué á la puerta ¡ay! lleno de sentimiento, y conmovida el alma, giré la vista hácia los enlutados panteones.

A la derecha de la puerta habia un copudo álamo blanco, y á su tronco corpulento me senté á descansar.

Por mi frente caía un copioso sudor que me atormentaba: no me atrevia á respirar; en torno mio reinaba el más profundo silencio: estaba en la mansion de los muertos.

Tan solo se oía la corriente de un pequeño arroyuelo, cuyas puras y cristalinas aguas hacia saltar una brusca vertiente, y las inocentes avecillas, que, alegres y retozonas, hacian resonar en el espacio su dulce y sonora voz.

A la distancia de unos mil metros se destacaba un pequeño caserío, de aspecto pobre, en donde vivia el guarda de una posesion inmediata.

Más allá se veía un humilde pastorcillo que apacataba, con afán, un pequeño rebaño de cabras.

Pasado un rato, cuando tomé fuerzas, empujé con religioso temor la puerta, y se abrió; seguí andando, y, al fin, encontré bajo la sombra de un ciprés la tumba donde descansaba la autora de mis días.

—¡Madre mia! ¡Pobre madre mia! exclamé. Tú que estás en el cielo, porque fuiste buena hija, buena esposa y buena madre, inspira mis pensamientos, encamina mis pasos, dirige mis acciones en esta vida, para que, cuando Dios lo disponga, estemos juntos por una eternidad.

Lleno de fervor, me arrodillé y oré delante de un crucifijo, que estaba dibujado en el alabastro de la lápida.

¡Ay! no puedo explicar lo que me pasó: aquello fué un sueño.

Salí de allí con el corazón hecho pedazos y con mucho cuidado, entorné la puerta.

Enseguida me encaminé, enjugando de mi mejilla una furtiva lágrima, corriente arriba del arroyuelo, hasta llegar á una frondosa arboleda, donde habia una bonita rústica fuente.

Me senté en el estribo, sintiendo el rostro bañado de sudor.

A lo lejos, se veía un perro, de una labranza contigua, que seguía á un jinete de noble aspecto. Era un jóven que aguijoneaba con afán prolijo los hijares de su jaca torda, y en cuyo semblante se dibujaba la ansiedad.

Cualquiera le hubiera creído un loco.

Pero, ¡ay!

Era un jóven, amante de su familia, que habia recibido la infausta nueva de que su buen padre estaba gravemente enfermo, y agradecido, como debemos estarlo todos á los beneficios de los padres recibidos, iba á recordarse personalmente, á prestarle fiel, cariñoso y esmerado trato, en testimonio de que no le olvidaba.

Seguí andando, y encontré un pobre, pero vistoso caserío, de donde salían tristes y sentidos acentos.

—¿Qué es esto? me dije, parando los pies.

En aquel mismo día habia fallecido allí el padre de cuatro pequeñas criaturas; que despues de este suceso no tenían más amparo que el de Dios.

Me senté otra vez á la sombra de un desmayo que dominaba la techumbre, y recogido en dulce contemplacion, pensé en el amargo porvenir que esperaba á aquellas infelices criaturas.

El reloj de las religiosas Carmelitas hacia resonar en el espacio las siete de la tarde.

Proseguí mi camino, y me encontré á un pobre é inocente niño, de unos siete años de edad, que, descalzo y harapiento, imploraba la caridad pública.

—Toma, le dije, y le alargué dos cuartos, mientras mordía el chiquillo un pedazo de pan, duro y negro.

—¿Qué desconsuelo, me dije, pensando á solas; ¿es posible que no vea hoy por do quier más que amargura y sentimiento?

—¿Tienes padre? le pregunté, lleno de emocion.

—¡Ay! no señor, me replicó, dejando escapar un suspiro.

—¿Y madre?

—Tampoco, señor; no la conozco, porque, cuando tenia veinte meses, tuve la desdicha de que se muriera.

—¿Y quién te protege?

—El Dios de los cristianos, dijo lleno de fé, que jamás desatiende al pobre honrado.

Y dejando escapar una lágrima de su brillante pupila, enternecido, dijo:

—Dios se lo pague á V.

Y se marchó taciturno.

Yo me quedé, más que él, taciturno y afligido, calculando la inmensidad de males y pesares que afligen á la humanidad.

La tarde iba declinando, y el sol se ocultaba en el ocaso. Las avecillas tornaban á buscar sus nidos, y los pastores recogían sus ganados para encerrarlos en el redil.

Yo me dirigí paso á paso á la poblacion, y al llegar á la puerta del cementerio, volví á empujar: la puerta estaba cerrada; oré otra vez unos breves instantes, y levantando los ojos al cielo, conmovido, exclamé:

¡Si viviera mi madre...!

UBALDO BORDANOVA

LOS NIÑOS HUÉRFANOS

A MI QUERIDO AMIGO D. JOSÉ NOVI Y PEREDA

I

¡Hay tristezas muy grandes en la vida!

La criatura nacida
no sabe nunca si al abrir sus ojos,
verá un eden abierto á su destino,
ó si agreste camino
sus guijos le depara y sus abrojos.

¡También ignora si al hallar un seno
de amor y encantos lleno,
mecida su niñez en blanda cuna,
le podrá siempre disfrutar sin veda,
ó si dando á la rueda,
le robará su dicha la fortuna!

¡Feliz mil veces el gracioso niño
que el maternal cariño
por amparo conserva y por escudo!
¡Cuanto pueda anhelar en él se encierra!
Que el amor en la tierra
le liga siempre con tan firme nudo.

Inocentes tendrá mil embelesos,
caricias, mimos, besos,
cuidados minuciosos y prolijos...
y tendrá permanente la sonrisa,
¡que es condicion precisa
de amor de madres alegrar los hijos!

Mas... ¡ay! triste mil veces del cuitado
pequeño abandonado,
que al calor de su madre no respira;
que no es de nadie la querida prenda,
y entró en la ruda senda
donde el amor que prestan es mentira!

Herida sentirá su débil planta
y herida su garganta,
cansada de gemir en abandono,
cuando al andar por breñas y al acaso
tropieza á cada paso
zarzales, que le punzan con encono!

¡No gustará su boca esos racimos
de besos y de mimos
que nacen de la vid, que el sol oreo:
pero sí agraces de la oscura parra,
que se enreda á la barra
que se fija en los patios de la aldea!

¡Si ha perdido el calor de su nodriza,
rescoldo en la ceniza,
con que le abriga un pecho mercenario,
cada paso que da su desarrollo,
le ofrece un nuevo escollo
que vencer, cada vez más solitario!

No vereis en su rostro permanente
la gracia sonriente,
ni el franco natural que da la calma,

pero en él hallareis la triste huella
del dolor que resella
la faz de los que tienen viuda el alma.

Aunque cante inocente, como el ave,
riendo ménos grave,
serán ayes los temas de su canto;
vaga y leve también será su risa,
¡que es condicion precisa
que los hijos sin padres viertan llanto!

II

Por más que el niño, niño siempre sea,
y es de comun idea
serle propio el que viva satisfecho,
puede ser que se engañe grandemente
quien juzga que no siente
más dolor que los hombres en su pecho.

La impresion en el niño es harto viva;
humana sensitiva,
percibe el mismo aliento que le toca;
y el gran raudal de su afecion profunda
tal rebosa y le inunda,
que el beso mana á saltos en su boca.

Y al par que el beso, por igual origen,
si las penas le afligen,
en ansias vivas se desborda en llanto;
grande el caudal y el cáuce muy pequeño,
sin esfuerzo, ni empeño,
rompe pronto sus diques el quebranto.

Su virgen corazon en tal embate
sediento empero late,
de exhalar como aroma su dulzura.
Necesita querer y ser querido,
necesita su nido,
necesita el calor de la ternura.

El instinto, que suple á la experiencia,
le guía en su inocencia
y á ser y adivinar enseña al ciego;
y el que es hijo infeliz de la desgracia,
cual flor marchita y lacia
se dobla, suspirando por el riego.

Como muere de pena un pajarillo,
¡cuánto infante sencillo
murió también en horas infelices!
Tierna flor de perfume delicado,
más la aviva el cuidado
que el escaso vigor de sus raíces.

III

¡Noble es la caridad! ¡dulce el consuelo
que, emanada del cielo,
prodiga sin cesar al pecho humano!...
Ella del huérfano es la madre agena,
y en sus noches de pena
le lleva, compasiva, por la mano.

Mas ¡ay! ¡que á más no alcanza, ni ilumina
la virtud peregrina
del alma las recónditas estancias!
Pues claro se comprende, y no es reproche,
que la luz de la noche
se pierde moribunda en las distancias.

La tibia lana con su luz refleja,
del árbol á la queja,
dará tan solo lánguidos desmayos;
el astro empero de las crines rojas
dará á las místicas hojas
verdor y brillo con sus propios rayos.

La compasion de la virtud cristiana,
que por el bien se afana,
siempre al fin es la luz de noche fria;
y el amor de una madre para el hijo,
como el sol, es, de fijo,
lo que le da contento y lozanía.

¿Quién no siente en el alma cierta angustia
al ver la fila mística
de los míseros niños hospicianos?
En larga procesion van por la calle,
y al que mire en detalle,
parece no son niños, sino ancianos.

El pájaro sin alas, desvalido,
robado de su nido,
cantar no sabe, pía sin consuelo;
y el que está con su madre en la alameda,
su cántico remeda,
brinca y ensaya, alborozado, el vuelo.

Hijo querido que en hogar de calma,
con júbilo del alma,
disfrutas el amor de tierna madre,
¿dónde hallar en la tierra otro cariño,
podrás tú, pobre niño,
que á tu alma y corazon mejor le cuadre?

Goza, pues, de ese amor sublime y santo,
y acuérdate del llanto
de aquel que solitaria ve su cuna.
Cariño le tendrás cuando te acuerdes...
¡Ay de tí si lo pierdes!...
¡Madre de corazon, tan solo hay una!

ALFONSO E. OLLERO

EL GALLO

CUENTO

En un pueblo muy distante de la corte, y en que residí algún tiempo, tenía yo un amigo, cortador ó carnicero del lugar.

Era un hombre de pequeña estatura, pero bien conformado y hermoso de rostro, con unos ojos negros que, como suele decirse, hablaba con ellos. Poseía además todas las prendas de honradez y probidad que son necesarias para ser apreciado de cuantos le trataban; y tanto por estas cualidades, como por su buena presencia, había conseguido ser amado de la hija de un rico labrador, que, accediendo á la petición de los enamorados, les tenía dado el consentimiento para su enlace.

Mi amigo Rufino, que así se nombraba el carnicero, tenía solo una falta, y era la de ser, más que aficionado, fanático por concertar y presenciar toda clase de luchas de animales.

Jamás faltaba á las corridas de novillos que se verificaban en seis leguas á la redonda de su pueblo: mantenía en su casa media docena de perros de presa; tenía otros tantos gallos de pelea, y para él, en fin, no había diversion completa donde no se intercalara la lucha de animales.

La leal y buena amistad que reinaba entre él y yo, estuvo muchas veces próxima á romperse, sólo porque le mortificaban mis reflexiones y consejos sobre la inhumanidad encerrada en su pasión favorita, y á mí me disgustaban sus narraciones descriptivas sobre los lances de los combates á que obligaba á entrar á los animales.

Sólo viéndolo, le dije un día, puede creerse que un hombre compasivo y de tan buenos sentimientos como los que se abrigan en tu pecho, tenga placer en azuzar y obligar á que se maten, ó por lo ménos, á que se hieran ó destrocen dos animales de Dios, que sobre no haberte hecho daño alguno, á nada absolutamente responde su lucha.

—¿Qué quieres, me contestó; esta afición la heredé de mi padre, y la verdad es, que no tengo otra disculpa que alegar; pues, concluida la pelea, y mientras hago la cura á los animales heridos, me dá lástima de ellos, y aún hago propósito de no volver á hacerlos regañar; pero el vicio puede más que la buena intención, y en cuanto están bien de las heridas, ya no me puedo contener y vuelvo á azuzarlos para que se enzarzen.

—¿Y has considerado alguna vez, querido Rufino, que no en balde se falta á los preceptos de Dios, y que uno de los más recomendados es no hacer daño, ni mucho ménos provocar á que se lo hagan entre sí sus criaturas?

—¡Bah! contestó mi amigo: ¿para qué crio y cuido con tanto esmero á mis perros alanos y á mis gallos ingleses, más para que me diviertan con sus peleas? ¿Para qué ha dado la Naturaleza tanta bravura á los primeros, y tanto valor y perseverancia en el combate á los segundos, sino para que los hombres se recreen en admirar estas cualidades?

Por lo demás, ya he pagado en más de una ocasión mi entusiasmo por estas luchas, habiendo sido mordido diferentes veces por los perros al quererlos separar.

—Guárdate, amigo Rufino, le contesté, de que tu loca afición, que con mucha oportunidad has calificado de vicio, no te traiga algun funesto resultado; pues Dios ha dado la bravura al perro para que defienda al hombre de sus enemigos, y no para que el hombre, valiéndose de la docilidad de este animal, le pervierta con su educación hasta hacerle emplear *don* tan precioso en exterminar á individuos de su propia raza.

En cuanto al gallo, animal tan hermoso que no hay pintor capaz de embellecerle con sus pinceles, indudablemente le ha dado Dios el valor y la perseverancia que necesita un sultan para ser querido y respetado por las veleidosas odaliscas de su harem; no para que el hombre tenga el bárbaro placer de prepararle á la lucha, desfigurándole y gozándose después en azuzarle para que se mutile con otro de su familia.

—Hablandote con verdad, contestó Rufino algo preocupado, casi estoy convencido de que tienes razón en lo que dices; pero como no quiero acabar de convencerme, te suplico que no hablemos más sobre este punto.

—Bien, Rufino, le contesté; pero ya nos veremos antes.

Un mes después de esta conversacion, me avisaron que Rufino estaba enfermo, y me suplicaba fuese á verle.

Le hallé en el lecho con la cara vendada y dando tristes ayes de dolor.

—¿Qué tienes, amigo mío? le pregunté conmovido y alarmado, al verle en aquella situacion.

—¡Ay! me contestó en un tono que manifestaba su aficcion. ¡Qué poco ha tardado la Divina Providencia en probarme la verdad que encerraban tus consejos! ¡Cuán cierto es lo que me decias, que no en balde se quebrantan los preceptos de Dios, y muy particularmente los que nos prohiben gozar con los padecimientos de otros seres!

—Pero sepamos, Rufino, ¿qué es lo que te pasa?

—Siguiendo mi malhadada afición ó vicio de obligar á los animales á que luchen entre sí, esta mañana eché á reñir los dos gallos más valientes que tengo. A los quince minutos de pelea, el uno estaba lleno de heridas, y el otro había perdido el ojo derecho. Los separé para que no se acabaran de matar, y aproximando demasiado mi rostro al gallo tuerto para reconocerle bien la herida, el animal, que estaba furioso y casi ciego por el dolor, debió chocarle el resplandor de mis ojos, y me dió tan terrible picotazo, que instantáneamente me ha vaciado el ojo izquierdo. ¡Dios mío, la pena del Talion!

Ha venido el cirujano y me ha dicho, que sobre quedar tuerto, voy á aparecer horriblemente mutilado y feo, pues me quedará un profundo hueco en el sitio que antes ocupaba el órgano perdido.

—Sensible es todo eso, le contesté; pero no veo que sea causa para un aburrimiento y una pena tan profunda como la que tienes. Te cuidaremos como mejor podamos, y, Dios mediante, antes de un mes espero que estarás curado y en disposicion de seguir tu método de vida.

Quedarás tuerto, es verdad; pero, ¿qué le hemos de hacer? No serás el primero que tenga esa falta, y por eso no has de dejar de ser uno de los mejores hombres que conozco.

—¡Desdichado de mí! exclamó sollozando Rufino. ¿Tú no recuerdas que dentro de cinco días iba á casarme con Margarita, y que sería en mi una infamia quererla obligar á que cumpliera su palabra á un monstruo de fealdad, siendo así que se la dió á un hombre que era agraciado? Nunca había hecho alto en si mi rostro era feo ó bonito; pero desde que sé que he quedado horroroso, como ella no venga á reiterarme su promesa, te juro que no la volveré á ver ni á molestar.

Procuré calmarle con mis razones, y permanecí á la cabecera de su cama un mes próximamente que tardó en curar.

Cuando vestido ya, pudo mirar su rostro en un espejo, el desconsuelo más amargo se apoderó de él, pues realmente había quedado espantoso.

Más enamorado que nunca de Margarita, pero fiel á su noble propósito de no molestarla, ésta, sabiendo la fealdad de su novio, no tardó en dar á otro su mano, y entonces Rufino, completamente desesperado, regaló sus perros y sus gallos ingleses á los amigos, bajo la promesa de que jamás los harían luchar, y se marchó muy lejos del pueblo que tanto amaba, para no ser testigo de la felicidad que otro había alcanzado, uniéndose á su amada.

Hace ya de esto muchos años: no he vuelto á tener noticia de mi amigo; pero según el estado de abatimiento en que se hallaba cuando nos despedimos, creo que el picotazo del gallo que le hizo perder la felicidad, le robó también la vida.

CAYETANO COLLADO

ANTE LA TUMBA

DE

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA

Mi alma lo recuerda..... la noche de *Consuelo*
Logré tu diestra mano, frenético, estrechar;
Que á veces no desdena el astro rey del cielo
Al último planeta sus rayos dispensar.

*

*

¡Oh vate sin igual! Los ecos de tu lira
¿Por qué ya no resuenan en estro embriagador?
¿Por qué la patria escena cual huérfana suspira?
Lo dicen las campanas con fúnebre clamor.

*

*

Fugaz como la chispa que brota de la nube
Y cruza los espacios en rápido correr,
Tu espíritu gigante olvidanos, y sube
Al centro de los génius, que allí debió nacer

*

*

Quedóse aquí en el mundo llorada tu memoria,
Flotando so la piedra que cubre el panteon:
Los fúlgidos destellos, nacidos de la gloria,
De Dios solo dimanan, y eternos como Él son.

JOSÉ MARÍA MEDINA



EXCMO. SR. D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA

Ayuntamiento de Madrid

A SANTO TOMÁS DE AQUINO

SONETO

¡Angélico Doctor! ¡Sábio maestro,
de la ciencia de Dios fiel exegéta,
cual lo prueba tu *Suma*, obra completa!
¡Sol sin ocaso en el planeta nuestro!
¿Quién cual tú perspicaz, ni quién más diestro,
del alma los misterios interpreta,
del corazón las turbulencias quieta,
y, dialéctico, mata error siniestro?
—«¡Oh, Tomás!... ¡bien de mí, bien has escrito!
¿Qué recompensa, ó galardón mereces?...—
Te dijo un día el Salvador Bendito;
y al responderle Tú con tiernas preces.
—«No mas que á Ti;» con mérito infinito
en Tierra y Cielo cada vez más creces.

JOSÉ A. GARCIA DE LA IGLESIA (Escolapio.)

UNA CONCEPCION DE MURILLO

(Conclusion)

Y al ruido de los pasos, y al oír aquel acento extraño, la anciana, que habia sido víctima de un segundo desmayo, volvió de su abatimiento, y abrió sus ojos á la luz.

—¡Tomad, señora! le dice la hermosa joven recién llegada: ahí teneis un bolsillo, que contiene 12.000 rs. en oro; aceptadlo, que el cielo es quien os lo envía.

La inocente niña, estrechando con ternura á su madre, besándola é inundándola de lágrimas, embargada de gozo, sintió un estremecimiento de indefinible sorpresa, y hasta de religioso temor, porque le parecia ver bajo la forma humana de aquella bellísima joven, á la Virgen del cielo, á quien hacia muy pocos instantes que llamaba en su ayuda.

La anciana tambien se sentia vivamente impresionada por tan inesperada aparicion; dudaba si era un sueño ó realidad lo que en aquel instante veia; no sabia qué contestar ni qué decir á la elegante y hermosa dama, que la honraba con su caritativa visita. Por fin, sin rehusar ni aceptar la cantidad que la desconocida le ofrecia, cantidad que era para ella un inmenso caudal, una fortuna considerable, se atrevió á preguntar de quién procedia rasgo tan benéfico, y por qué se la entregaba tanto dinero.

—Muy sencillo, buena anciana, dijo cariñosamente Elena, que así se llamaba la preciosa joven desconocida para aquella santa familia.

La imagen que poseíais era una admirable copia de la Concepcion de Murillo. Mi padre, que es uno de los pintores más notables de la corte, pasaba por una feliz casualidad en el momento en que se iba á adjudicar el cuadro á un caballero, sin duda inteligente, que habia ofrecido por él una cantidad insignificante. Mi padre ofreció más, el otro tambien, y ambos se la han disputado por bastante tiempo, hasta que, al fin, el competidor cesó, y fué adjudicado á mi padre en los 12.000 reales que os entrego. A la Virgen debeis, pues, este socorro.

Tambien nos refrieron las gentes vuestra situacion afflictiva, y cuanto os ha ocurrido con el cruel arrendatario, contra el que se ha levantado en la ciudad un grito de horror y

de indignacion: por eso he solicitado de mi padre que me dejase venir hasta vuestra morada, para tener la gloria de ser la mensajera de vuestra felicidad... y, ahora que os conozco, mi alma experimenta una doble é inmensa satisfaccion.

Mariana y su hija, que habian oido con interés vivísimo la narracion de Elena, sintieron movidas por un mismo pensamiento, y, fijando sus ojos en el sitio donde habia estado la preciosa imagen, dirigieron á la Virgen los más dulces y delicados acentos de profunda y cariñosa gratitud.

El ángel de ventura de aquellas santas mujeres tambien se postró en el suelo, y oró fervorosamente.

Las tres almas puras sentian en aquel instante dichoso un placer inmenso, infinito, comparable solo á la alegría de los ángeles.

Así permanecieron en religioso silencio unos cuantos minutos; despues hablaron largamente, estrechando Elena con ternura á la inocente Isabel, y ofreciéndose mútua y eterna amistad.

Aquellos corazones de oro, las dos inocentes palomas, sintieron arder al mismo tiempo dentro de su castísimo seno la llama pura del cariño, semejante al angelical amor que sienten los querubines en el cielo.

Al despedirse Elena, la anciana y la niña la colmaron de bendiciones, bañando su bienhechora mano con lágrimas de ternura.

La hermosa joven voló en busca de su padre, para darle cuenta de tan conmovedora escena.

Cuando la madre y la hija quedaron solas, la alegría llegó á ser una especie de delirio, que solo puede comprender el náufrago que, en su agonía, le ofrece la Providencia la tabla de salvacion.

Mariana é Isabel disfrutaron ya una completa felicidad.

La anciana, en su larga existencia, todos los años, en el mismo dia en que se verificó la venta de sus muebles, hacia celebrar una misa y encender una vela de cera en la capilla de la PURÍSIMA CONCEPCION, donde se conserva todavia este cuadro, que cedió generosamente el padre de Elena.

Nada de milagroso hay en la presente historia; y, sin embargo, puede verse una señalada recompensa á la devocion de la pobre viuda, que, dichosa ó desgraciada, decia siempre con todo su corazón:

—«¡Virgen Santísima, celestial María! ¡en Vos espero, que sois Madre de las madres, amoroso consuelo de los affigidos, aliento del desgraciado, tabla salvadora del que, con viva fé, solicita vuestra proteccion generosa.»

DOMINGO FERNANDEZ ARREA

CANTARES

¡Pensamiento, no revuelvas
misterios que no columbras!
que fueras nave perdida
en los mares de la duda.

El dolor es una ola
que nos moja sin cesar,
que viene muy poco á poco
y muy despacio se va.

Varios, graciosa te dicen,
muchos, hermosa te llaman;
oye sólo á los que admiran
la belleza de tu alma.

Pensando en dichas ajenas,
quise contar mis pesares;
¡quién contará las arenas
en el fondo de los mares!

Hay caminos que seducen
y hácia el abismo nos llevan,
y hay sentimientos malditos
que matan nuestras creencias.

Entre mis sueños de amor
divísase una esperanza;
¡tambien la nube es visible
y se deshace al tocarla!

Vanidades que nos ciegan,
son cual las hondas del mar;
que si mucho á subir llegan
mucho tienen que bajar.

Faros de amor son las madres
que alumbran nuestro camino:
¡ay del pobre navegante
que las relega al olvido!

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR

LOS BAILES DE MÁSCARAS DE NIÑOS

No sabemos, ni pretendemos averiguar, quién fué el primer individuo que tuvo la felicísima ocurrencia de hacer tomar parte á los niños en esa clase de espectáculos en que tanto abundan la educacion y la moral, llamados *Bailes de Máscaras*; pero, sea el que fuere, puede estar orgulloso de su idea, así como lo puede estar de la suya el primero que introdujo en España esas costumbres tan provechosas para todas las clases de la humanidad. Por desgracia para este pobre país, la clase media de la sociedad no hace más que imitar en todo y por todo á la aristocracia de la sangre ó de la fortuna; y decimos esto, porque de seguro hubiera parecido muy mal á todo el mundo la tal idea de los bailes infantiles, si muchas de las personas de la nobleza y de la alta banca no hubiesen sido las primeras en dar el ejemplo á las demás, del provecho y utilidad que encierra para los niños esa clase de diversiones.

La marquesa de N. pensaba llevar á sus hijos; el conde de C. habia pedido billetes para los suyos; las personas más distinguidas de la corte se ocupaban en elegir trajes en miniatura á cual más ricos y caprichosos; ¿cómo no seguir la corriente? ¿Cómo estando en el baile los niños del conde de C. y de la marquesa de N. habian de quedarse en sus casas los de D. Fulano ó D. Zutano? Era imposible de todo punto; pero no es esto todo, sino que ¿cómo habian de llevar trajes de percalina los hijos de D. Fulano y D. Zutano, llevándolos de raso ó terciopelo los de los condes, duques

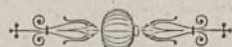
y marqueses? No era posible tampoco; ya estaba ofendido el amor propio de los papás, y hé aquí á las madres deshaciendo los magníficos vestidos que las regalaron sus esposos el día de la boda, para que su niño se luzca más que el de doña Fulana, y á los padres gastándose un dineral que no hubieran podido emplear en libros ni en profesores, para que su hijo sea el que se lleve el mejor premio; porque, se me olvidaba decir, que una de las ideas más ingeniosas de los iniciadores del baile de niños á que me refiero, ha sido la de anunciar que se darian tres grandes premios á los niños que llevasen los tres trajes más caprichosos y elegantes; lo cual tenia la ventaja de que, lo mismo los ricos que los pobres, podian optar al primer premio, aunque tuvieran, para hacer el traje del niño, que empeñar ó vender todas sus alhajas, ó quedarse sin comer al día siguiente.

Todo cuanto yo pudiera decir acerca de estos bailes, se halla admirablemente descrito y criticado justamente en la lindísima poesía que con el título de *El baile de niños* ha publicado hace poco el Sr. Blasco en este mismo periódico, y por lo tanto, nada le queda ya que añadir á mi pobre pluma, sin duda infinitamente inferior á la suya; pero un día quise tener el gusto de presenciar por mí mismo uno de esos espectáculos tan admitidos por todo el mundo, y para ello, me dirigí por la noche al coliseo donde debia tener lugar, y me instalé en uno de los más escondidos rincones, pero desde el cual podia ver perfectamente, sin ser visto, cuanto ocurriera en el salon; no habia ni una sola localidad vacía; los palcos no eran suficientes á contener el sinnúmero de papás de ambos sexos, que con los gemelos ante los ojos, se entretenian en admirar la encantadora animacion que reinaba entre las infantiles parejas, y en criticar, alguna que otra vez, si el traje de la niña de Fulanita era cursi, si el de la de Zutanita parecia alquilado, ó si el de la de Menganita no era nuevo. En los asientos que habia colocados en torno al salon, se encontraban en amena conversacion las niñas, doncellas y ayudas de cámara de cada una de las familias, encargados todos del cuidado de los niños, de cuyo cargo, allí como en todas partes, era de lo que menos se ocupaban; fijé la vista en los pequeños seres que danzaban sobre la alfombra, sin orden ni compás, y advertí que en uno de los extremos del salon tenia lugar una acalorada pendencia entre un estudiante de la Tuna y un barberillo de Lavapiés, por si la Paloma habia bailado con uno más que con otro; en el extremo contrario, una señora antigua y una aldeanita francesa, lloraban de un modo desconsolador, por si el traje de la primera era más bonito que el de la segunda, ó los pendientes de esta valian más que los de aquella; por fin acaban por hacerse unos cuantos arañazos, destrozándose los vestidos; al poco tiempo, una niña tropieza en la cola del traje de la que va delante, cae y se hace daño en la cara con la espada de un oficial á la Federica que en aquel momento pasaba por su lado; los criados (como es natural) no ven nada de esto, y continúan sus amorosos diálogos;

pero los bastoneros, encargados de velar por el buen orden del salon, corren de un lado para otro, á fin de evitar todos esos percances tan naturales como lamentables. Las mamás siguen ocupándose de si el traje que lleva la señora de Fulano no es suyo; de si el escote de la duquesa de B. es exagerado; de si Fulanita no ha salido en toda la noche del palco de Zutanita: en una palabra, de todo lo que no deben ocupar e las verdaderas mujeres de su casa, que solo gozan en velar por el porvenir de sus hijos y la tranquilidad de su marido.

Eran las once y media de la noche, y aún no se habia movido nadie de su asiento; no necesitaba ver más, y salí á la calle diciéndo para mi capote:—«Yo creí que en los bailes de máscaras no podian aprender nada los niños; pero me he engañado: aprenden á ser envidiosos, á saber lo que es el orgullo y otras mil virtudes más. ¿Para qué molestarse en enseñarles nada? ¡Cuánto mejor están allí, que estudiando al lado de su padre la leccion del día siguiente ó aprendiendo á rezar en brazos de su madre! Tal es la verdad de este triste cuadro. Hé aquí las consecuencias de querer introducir en nuestro país cierta clase de costumbres, sin comprender que el que tengan razon de ser en otras naciones, no es motivo bastante para que la tengan en la nuestra.

M. DE LARRA Y OSSORIO

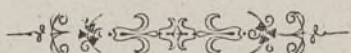


A LA MUSICA

SONETO DEDICADO AL SR. D. JOSÉ MONDEJAR, CÉLEBRE PIANISTA

¡Reflejo del Eden! Eco de gloria
que llevas en tus ondas el encanto
de la risa feliz y el triste llanto,
trayéndonos á Dios á la memoria.
¡Hueste de Querubines ilusoria!
¡Paz del alma, que envuelves en tu manto
de ricos sueños y deliquio santo,
lanzando al aire su terrena escoria,
Habla á mi corazon, de oírte ansioso,
y en mágico tropel y en dulce calma,
cántame tu dolor y tu alegría;
enloquecen tu afán y tu reposo.
¡Sigue... no más, que desfallece el alma;
una sola emocion me mataría!

TIMOTEO DOMINGO PALACIO



LA VIRGEN DEL UNTERWALD

LEYENDA FANTÁSTICA

POR

AURELIANO COLMENARES

(Continuacion).

I

¡QUÉ DULCE ES SOÑAR!

A mediados del siglo XIII habitaba uno de los alcázares de las faldas del Saint-Gothard el conde Gustavo de Vincetto, hombre tan rico y feliz cuanto en la tierra se puede ser.

Tenia placeres, oro, gloria, fama, y, en fin, todo cuanto pudiera satisfacer sus deseos, y, sin embargo, una profunda tristeza iba carcomiendo sus días y minando su existencia.

Vincetto tenia una tierna esposa, blanca como un lirio, esbelta como una vareta de nardos y en quien adoraba ciegamente; empero el destino, que tan pródigo de dichas se habia mostrado con él desde un principio, le ha-

bia negado el mayor de los goces que pudiera experimentar.

La condesa Margarita no le habia dado ningún vástago, y aunque mucho más joven que él, avanzados en edad, era de presumir moriría Gustavo sin sucesion, pasando la corona condal y sus estados á un sobrino suyo muy calavera y derrochador, llamado Teobaldo de Sianhat y Vincetto.

Este, que no dudaba ya de la esterilidad de su tia, llevado por una parte de su ambicion, porque Teobaldo era muy ambicioso, y por otra del deseo de ver satisfechas sus infinitas deudas con la inmensa fortuna que á su muerte iba á dejarle su tio, se habia propuesto darle treinta mil disgustos al cabo del día, con el objeto de deshacerse de él cuanto antes.

No pasaban desapercibidas tan depravadas ideas á los ojos del pobre conde, que gastaba su existencia pensando siempre en lo que iba á parar todo aquel brillo y esplendor que la fortuna le habia donado desde muy niño. Así es que sus cabellos, sumamente rubios, empezaron á ponerse blancos; su rostro dulce, afable y terso, comenzó á arrugarse demasiado pronto, cambiando su mirada alegre y viva en triste, lánguida y torva. Poco á poco fué su espalda encorvándose, y una tos crónica puso en cuidado á Margarita, que hasta entonces, distraida con el lujo de sus salones, las diversiones, sus trenes, sus ricos trajes, sus joyas, y, en fin, todo cuanto pudiera halagarla y de que su marido la habia rodeado siempre, no habia hecho alto en que una honda y secreta tristeza le robaba á pasos agigantados el hombre á quien debia todo aquello, el esposo que la adoraba ciegamente.

En vano le interrogó.

Inútil averiguar la causa de aquel continuo pesar.

Margarita resolvió callar.

Margarita era discreta.

Margarita se decidió á obrar.

Y decidiéndose á obrar, lo primero que hizo fué observar.

Observó largo tiempo, y como era muy lista, desde luego comprendió todo cuanto pasaba en la imaginacion de su amado Gustavo.

Muy grande debió ser la afliccion de la condesa al considerar el peligro que la amenazaba y lo imposible que era de remediar la desgraciada situacion del conde, su marido.

Pero Margarita era buena, tenia fé, y el que tiene fé, ama á Dios, y el que ama á Dios sabe orar.

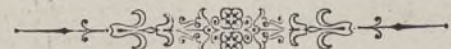
Margarita oró, regando el rezo con su llanto.

El dolor de considerarse ella la causa de todas las penas de su marido, no la dejaba descansar un momento; se acostaba, y cuando empezaban á cerrarse sus párpados, se levantaba sobresaltada, porque aquella tos seca y dura zumbaba en sus oídos, cual un trueno amenazador. La desconsolada esposa perdía de día en día la salud, y por más que procuraba ocultarlo á los ojos de Gustavo, éste tenia un motivo más de acrecentar su enfermedad, que tomaba serias proporciones.

En este estado las cosas, vino la Primavera con sus flores, con sus días de sol hermosos, esos días en que se respira con voluptuosidad una atmósfera tibia é impregnada de deseos en que se oyen las ráfagas del aire como armonías lejanas, en que los limpios horizontes se dibujan como líneas de oro y flotan ante nuestros ojos átomos brillantes de no sé qué, átomos que semejan formas transparentes que nos siguen, nos rodean y nos embriagan á un tiempo de tristeza y de felicidad.

El conde decidió retirarse con Margarita á estos valles, alentando la esperanza de que los paseos largos y la caza animarian á la hermosa condesa.

(Se continuará).



EL ARTE DEL CROMO

Brindado galantemente por mi querido amigo el Sr. Novi y Pereda para colaborar en su preciosa ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, y dudando qué asunto artístico pudiera elegir, ninguno me ha parecido más oportuno que decir algo de la lindísima portada ó lámina de agradable colorido y graciosa composición, fijada en el papel por el moderno procedimiento del cromo.

¿Quién de mis amables lectores no tiene y admira las lindísimas colecciones de figuritas, pájaros, flores y multitud de alegorías que la industriosa Alemania ha perfeccionado hasta la altura que hoy alcanza la cromolitografía? Pues bien; el arte del cromo se está difundiendo tanto, que se le emplea en las ilustraciones de las grandes obras y libros artísticos; se reproducen ya con sorprendente exactitud los cuadros de los grandes maestros; las publicaciones científicas de Medicina é Historia natural tienen el mejor auxiliar en el cromo; y finalmente, ha invadido ya los vastos dominios de la industria moderna, y hoy tenemos preciosas cajas, estuches y multitud de objetos, ornamentados policromamente. La propaganda más simpática de todos los productos de la industria y actividad humana, se hace por medio de tarjetas ó etiquetas realzadas por lindos cromos. En la Exposición de París tuve ocasión de ver tangiblemente la poderosa influencia que tiene el repartir gratis innumerables cromos, anunciadores de un invento, industria ó negocio comercial.

Aquí en España, á pesar del equivocado concepto que se tiene de nuestra laboriosidad, tenemos disposición para todo, y no faltan tampoco iniciativas de grande energía para demostrar que vamos, aunque lentamente, con los progresos de la civilización.

Una prueba evidente de esto, es el mérito incuestionable que tienen las notables oleografías y cromos del artista D. Manuel Jimenez, cuyo talento y habilidad están patentes en la lindísima composición pictórica, que lleva desde primeros del corriente año LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.

Si alguna autoridad concede la opinión pública é inteligente á mis humildes juicios en asuntos de bellas artes, tengo la más grata satisfacción en consignar que el cromo, de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, que representa varias interesantes escenas infantiles, educándose la humanidad del porvenir, en la música, dibujo, gramática y labores, según indica con perfecta gradación de términos, la perspectiva y alegres tonos cromáticos, sin pecar en chillones ni de agrio ó duro contraste, es en su género de lo *mejorcito* que se ha hecho en España; y honra, no solo al Sr. Jimenez, sino al Sr. Novi y Pereda, quien dispuesto á hacer toda clase de sacrificios, acudió á consultarme para que le aconsejara los medios de perfeccionar su acreditada ILUSTRACION DE LOS NIÑOS. Le recomendé no acudiese al extranjero, teniendo un compatriota cuyos trabajos artísticos en cromo tuve la honra de dar á conocer y premiar en la Sociedad Económica Matritense. No quiero dejar desapercibida la grata sorpresa que experimentó S. M. el Rey, cuando tuve el gusto de ofrecerle la notabilísima copia oleográfica del cuadro «El testamento de Isabel la Católica,» que litografió en cromo D. Manuel Jimenez.

Este notable artista va adquiriendo gran reputación, y solo le falta que se le protegiere como es debido. Séame permitido con este motivo, una franca aclaración.

La obra grande, lo diré más en verdad, colosal, por el lujo y coste con que la he iniciado, y titulada *Madrid artístico y monumental*, será un verdadero monumento de gloria nacional, por las grandes láminas en cromo

que representan las maravillas de arte encerradas en los palacios y museos de Madrid, en cuanto se proteja, como es muy justo, el atrevido esfuerzo con que he principiado dicha publicación, sin ningún auxilio oficial.

En cambio, la popular edición del *Madrid moderno*, vive holgadamente por la grande é inesperada cooperación de todas las clases sociales.

El Sr. Novi y Pereda ha dado una elocuente prueba de amor á los adelantos modernos, y de verdadero patriotismo, ofreciendo una ILUSTRACION en tan escogidas condiciones artísticas, literarias y tipográficas, que merece, no solo nuestro aplauso, unido al de la generalidad, sino también un entusiasta abrazo de su afectísimo amigo

MIGUEL MARTINEZ GINESTA

TEATROS

No pude asistir al estreno de *Il re di Lahore*, ópera de Massenet, porque estaban los billetes corriendo parejas con otros que se hicieron célebres en la corte, no há muchos meses, con ocasión de ciertas corridas de toros.

¡No hay billetes!

Esta era la frase sacramental en varios círculos que yo frecuento.

Bien es verdad que acudí á última hora.

Presenció la segunda representación.

Il re di Lahore fué y es un acontecimiento grande para los amantes de las artes.

Y hablo en plural, porque la música, la pintura, la indumentaria, la perspectiva, todo contribuye de una manera poderosa á hacer magnífica sobre toda ponderación la última obra estrenada en el Real.

Y continúa la moda.

¿Sobre quién viene el castigo? es el último drama de Cavestany, estrenado en Apolo.

El argumento, el de rigor: el adulterio.

Respecto al fondo de asuntos de esta índole, ya he dicho mi opinión antes de ahora.

El autor, aplaudido; la Hija, como siempre, y Morales en carácter.

En estas pocas palabras refundo el juicio de la obra, en cuanto á su interpretación.

Tiempo hacia que el nombre de Enrique Gaspar no apareciera en los carteles de espectáculos teatrales.

¡Ah! No es extraño.

Gaspar está lejos, muy lejos de su patria. Se halla en el país de los mandarines y de la porcelana.

Es un verdadero chino.

La *Administración pública*, su última producción estrenada en la Comedia, está, sin embargo, escrita, á juzgar por su carácter, por uno que, aunque reside en el Celeste imperio, cobra como español.

Nunca he entrado en esos centros ministeriales; desconocía su vida y sus intrigas; desde que ví *La Administración pública*, estoy al tanto, como cualquier ciudadano, de lo que en ellos sucede.

Gaspar pinta bien; la Valverde, Mario y Rosell ejecutan mejor.

Este último y *Romea* se distinguen también, por el gracejo con que desempeñan *Cambio de vía*, precioso juguete cómico, original de D. Ramon Marsal, y que está gustando cada vez más á los abonados al elegante coliseo de la calle del Príncipe.

Con gran complacencia han sido recibidos por el público dos lindos juguetes en un acto y en verso, estrenados en Martín.

El primero, *Arreglos matrimoniales*, es original de D. José Laá, que fué llamado al palco escénico con justicia, si bien su triunfo se debe en parte á la esmerada interpretación que tuvo por parte de los artistas.

El segundo es *Dos caballeros*, de D. Antonio Guillen, con verso fácil, chispeante y armonioso.

El bonito teatro Martín va atrayendo cada vez más un numeroso y distinguido público á sus localidades.

Este es el resultado de los desvelos de la empresa y de la laboriosidad de los miembros que forman la compañía.

ADELINA MARK

BIBLIOGRAFÍA

Cada día es más creciente el favor que las personas ilustradas y pía las dispensan al bellísimo poema *La Pasión de Jesús*, de nuestro colaborador D. Faustino Jouve. Estando tan próximas las sublimes festividades de Semana Santa, nada tan oportuno como la

lectura siempre tierna y sencilla de las páginas en que nuestro amigo ha sabido pintar con tan vivos colores la divina tragedia del Calvario.

Recomendamos, pues, nuevamente su adquisición, en la forma indicada en la plana tercera de la cubierta.

El segundo número publicado del periódico satírico *Día de Moda*, es mucho más notable que el primero. Al chispeante texto de Eusebio Blasco acompañan más de treinta dibujos y caricaturas del popular dibujante Luque, artísticamente desparramados en el número, que puede competir con los más celebrados del extranjero. Es una publicación festiva, elegante y nueva. La tirada del primer número está casi agotada. Este segundo llamará más la atención, porque indudablemente es mejor.

Hay números de venta y se admiten suscripciones en todas las librerías y en la administración, plaza de San Nicolás, 8, bajo.

Se han publicado los cuadernos 3.º y 4.º de la magnífica obra *Madrid Moderno*, que con tanta aceptación está escribiendo nuestro ilustrado colaborador D. Miguel Martínez Ginesta. En nada desmerecen de los dos primeros dados á luz, acompañando al texto, que es ameno y utilísimo, los retratos de D. Leoncio Meneses, conocido industrial de esta Corte; D. Matías López, acreditado fabricante de chocolates, y facsimiles de puertas y ventanas de todas clases.

La obra *Madrid Moderno* está obteniendo un éxito asombroso ante todos los inteligentes.

CRÓNICA

Con el mayor sentimiento comunicamos á nuestros lectores la triste nueva del fallecimiento del ilustrado colaborador de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, Ilustrísimo Sr. D. Eleuterio Llofriu y Sagrera, ocurrido en la ciudad de Huesca, donde dicho señor ejercía el cargo de secretario del gobierno civil. Las altas dotes que adornaban á nuestro malogrado amigo como funcionario recto y probo y como escritor elegante y laborioso, eran apreciadas de todos cuantos tuvieron la dicha de cultivar su trato.

Rogamos á Dios por el eterno descanso del que fué nuestro compañero, y enviamos á su desconsolada familia el más sentido pésame, por la inmensa desgracia que ha experimentado.

En el núm. 31 de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, correspondiente al 1.º de Febrero último, publicamos un *Logogrifo* original del colaborador D. Alfonso E. Ollero, el cual ofrecía un ejemplar de sus *Fábulas morales* á cada uno de los niños suscritores que adivinase su significado.

Hasta la fecha solo cuatro lo han logrado, habiendo obtenido el premio que se prometía.

En la creencia de que este número ha de aumentarse, no publicamos aún la solución, esperando á que en su mayoría los niños se animen y descifren el logogrifo de que se hace mérito.

El próximo día 15 del corriente, daremos á conocer la solución y la lista de los que la han obtenido.

El insigne maestro Breton vuelve una vez más á ser aplaudido por el público madrileño.

Sus gratísimos conciertos, que tan agradable impresión causaron en la última primavera en el teatro de Apolo, comenzaron ayer en este coliseo con júbilo de todos los amantes del divino arte.

Solo tenemos un sentimiento, y es que únicamente se verificarán estas sesiones musicales tres veces más, los domingos 7, 14 y 21 del actual.

Damos la enhorabuena por sus triunfos al inspirado maestro, así como á los reputados pianistas señores Bech y Zabala, que le acompañan en sus magistrales trabajos.

Tenemos que añadir á nuestra brillante lista de colaboradores, el nombre del conocido escritor D. Francisco Cañamaque y el de D. Federico Cassola y Barrero.

SOLUCIONES

A la fuga de consonantes del número anterior:

Si anhelas la paz del alma,
ten tus pasiones en calma.

Al salto de caballo:

La felicidad humana
que todos ambicionamos,
sólo se puede alcanzar
con la virtud y el trabajo.

Las niñas Cecilia Espinola y Pilar Gállego, distinguidas y estudiosas suscriptoras, nos han remitido la propia solución.

También han hallado ésta las discretas niñas, hermanas, Jesusa y Encarnación de Granda.

R. Velasco, impresor, Rubio 20, Madrid